

EFICACIA DEL CONDICIONAMIENTO OPERANTE EN LA RECUPERACION DEL NIÑO SALVAJE DE AVEYRON¹

Luis García Vega
U. Complutense de Madrid

RESUMEN

Recojo aquí el lamentable caso de un niño de once años, que a finales del siglo XVIII vivió en los bosques en estado salvaje desde los primeros años de su vida. Un joven médico, J.M.G. Itard, logró recuperar gran parte de la sensibilidad de este niño, gracias al procedimiento del condicionamiento operante, cuya utilización y desarrollo tecnológico fue obra de Skinner.

ABSTRACT

I am presenting here the case that took place at the end of the 18 th. century, of an eleven years old boy who was found to have been living wildly in the woods ever since this youngest years. A young phisican, Dr. J.M.G. Itard, managed to recover most of the child's undeveloped sensibility thanks to the operant conditioning procedure. This same procedence was technologically developed by B.F. Skinner

El mes de julio del año 1799 fue capturado por unos cazadores en los bosques de La Caune un niño, totalmente desnudo, de unos diez u once años. Confinado al cuidado y vigilancia de una bondadosa mujer del pueblo más cercano, consiguió escaparse a los pocos días, y con una arapienta camisa pasó el crudo invierno en las montañas, hasta ser capturado el día 9 de enero de 1800 en una casa de campo abandonada, en el pueblo de Saint-Sernin-Sur Rance, en en departamento del Aveyron. Este niño fue retenido varios meses en la ciudad de Rodez y trasladado a París a finales del año 1800, por orden del gobierno. Allí, Phillipe Pinel (1745-1816), considerado por muchos fundador de la psiquiatría, director del famoso hospital de la Salpêtrière, y que en 1794 había "librado de las cadenas" a los alineados; a pesar de sus ideas innovadoras sobre el trato y terapia de estos enfermos, partiendo de un informe desolador sobre el estado psíquico lamentable del niño salvaje, llega a la conclusión de que éste jamás podría reintegrarse en la sociedad, y ser capaz de lograr aprendizaje alguno. Hubo incluso quienes pensaban que el manicomio era un lugar apropiado para este niño. Contraria opinión mantenía el joven médico Jean-Marc Gaspard Itard (1774-1838) que acababa de ser recientemente nombrado médico jefe de la Institución Impériale des Sourd-Muets (sordo-mudos) de la calle Sain-Jacques. Itard se ocupó personalmente de la tutela y educación del niño salvaje, contando con la valiosa ayuda de una bondadosa mujer, madame

¹ La R.H.P. cumpliendo el acuerdo establecido con la S.E.H.P., publica esta comunicación presentada en la Reunión de San Sebastian, y que no fue incluida por error, en las Actas correspondientes.

Guérin, que se encargó de los cuidados cotidianos del niño, dedicándose a él con la abnegada paciencia y cariño de una madre

Itard tenía motivos para pensar que el niño no era un imbécil, abandonado por sus padres hacía poco en el bosque por ese motivo. El niño estaba ya muy habituado a la vida del bosque y muy distanciado de las costumbres sociales, aborrecía las casas, le repugnaba la comida preparada, repelía las ropas, era insensible al frío y al calor estando desnudo, tenía en el cuerpo cicatrices provocadas hacía años por mordiscos de animales, etc. Basándose en estos hechos, Itard pensó que el niño pudo ser abandonado cuando tenía cuatro o cinco años. Le puso el nombre de Víctor por ser el sonido de la vocal "o" el que inicialmente sólo le llamaba la atención.

En 1801 Itard publicó una memoria acerca de los progresos de este niño *De l'éducation d'un homme sauvage ou des premiers développements physiques et moraux du jeune sauvage de l'Aveyron* (París: Goujon, 1801). En 1806 presentó al ministro del Interior un informe sobre los adelantos logrados en los cinco años de educación de Víctor: *Rapport fait à S.E. le ministre de l'Intérieur sur les nombreux développements et l'état actuel du sauvage de l'Aveyron* (París: Imprimerie Impériale, 1806). Nuestro trabajo se basa en estos dos escritos de Itard.

Itard era un médico con vocación de psicólogo y con excelentes cualidades pedagógicas. Era un pensador ilustrado, sensible al enfoque empirista y sensista; admirador de Locke y Condillac, y con una marcada tendencia filantrópica. Itard era el hombre adecuado para educar a este pequeño niño salvaje. Fue pionero en estudios experimentales sobre las enfermedades de la audición. Sus grandes cualidades pedagógicas las aplicó a enseñar a hablar a los sordomudos y a leer en el movimiento de los labios. En los cinco años que se hizo cargo de la educación de Víctor, inventó procedimientos originales para el desarrollo de los sentidos, pudiendo ser justamente considerado pionero de la educación de niños retrasados y de la pedagogía experimental.

La orientación empirista y sensista de Itard se oponía a la de muchos pensadores esencialistas, como Bousquet y Esquirol que, apoyándose en la fuerza de la naturaleza, menospreciaban el papel del aprendizaje en el desarrollo del hombre. Ambos pensaban que Víctor era así porque era un niño "idiota huido o abandonado por unos padres desnaturalizados" y que si fuera normal, a pesar del abandono, la naturaleza humana no le hubiera permitido llegar a tal lamentable estado. Itard rechaza esta idea y comienza así su informe de 1801: "Echado al mundo sin fuerzas físicas y sin ideas innatas, en la horda más salvaje y vagabunda como en la nación europea más avanzada, el hombre no es sino aquello que se hace ser".

Cuando Víctor fue encontrado era "una pobre criatura de un desaliño repelente, presa de movimientos espasmódicos y a ratos convulsivos, que se agitaba de una parte a otra en incesante balanceo a semejanza de algunos animales enjaulados, que mordía y arañaba a cuantos hacían por atenderle, y, finalmente, ajeno a todo, incapaz de parar la atención en cosa alguna" (Itard, informe de 1801, en Lucien Malson, *Los niños selváticos*, pag. 111).

Según el informe de Pinel, Víctor tenía los sentidos tan embotados que se hallaba "bastante por debajo de algunas de nuestras especies zoológicas domésticas". La vista, sin expresión alguna, divagaba por los objetos sin poder detenerse en ninguno. Era incapaz de pronunciar una palabra, emitiendo tan solo un sonido "uniforme y gutural" y "en ningún ademán o movimiento de su cuerpo podía adivinarse modo alguno de intencionalidad ni de expresión". Víctor estaba desprovisto de memoria y de aptitud imitativa, y se mostraba indiferente a todos los productos sociales.

Itard se entrega con entusiasmo al ambicioso proyecto de socializar a un niño salvaje, desarrollar una sensibilidad nerviosa totalmente embotada, hacer que nazca la capacidad intelectual y afectiva en este niño abandonado desde los primeros años de su vida.

Mediante "estimulantes tan energéticos como fuera menester" intenta desarrollar gradualmente los sentidos. El tacto, usado inicialmente solo para agarrar mecánicamente a los objetos, pero incapaz de ser sensible al frío y al calor, y de diferenciar lo blando de lo duro, lo áspero y lo suave, la forma y volumen de las cosas. Pretende que el oído, altamente sensible a lo que pudiera afectar su supervivencia, pero incapaz de diferenciar los sonidos, pueda llegar a distinguir las cinco vocales al ser pronunciadas. Sin embargo, "nada puede añadir la civilización a la delicadeza" del olfato de este niño salvaje, habituado a olfatear todo. Después de desarrollar los sentidos pretendía, como objetivo más elevado, llegar a la facultad intelectual. Para ello tenía que procurar ejercitar la memoria -incapaz originalmente de retener apenas cosa alguna-, mantener la atención, ya que constantemente pasaba de un objeto a otro, y, sobre todo, "sacar de su letargo" las facultades imitativas. Por fin, Itard intenta también desarrollar las facultades afectivas de este pobre muchacho -los sentimientos de compasión, justicia, y otros-.

Cuando Itard quiere poner en marcha esta tan ardua y, a la vez, magnánima empresa, se da cuenta de los escasos recursos psicológicos de este niño salvaje, indiferente a los juguetes, golosinas y prácticamente a todos los reforzadores propios de los niños de su edad. Víctor sólo goza cuando corre al aire libre, al oír el viento tormentoso, al ver la nieve o la luz de la luna; le gusta "beber un poco de agua pura y contemplar el sol sobre los campos". Estas experiencias y algunas pocas más, propias de la vida salvaje, eran los únicos alicientes de Víctor.

Itard pretende utilizar lo que más tarde Skinner denominará el "condicionamiento operante", y para ello necesita descubrir y aplicar los reforzadores eficaces para poder desarrollar en Víctor las disposiciones deseables. Así, confiesa Itard: "hice todo lo posible por despertar estas disposiciones mediante las golosinas más codiciadas por los niños, y de las cuales esperaba poderme servir como instrumentos de premios y castigos, como estímulo y medio de instrucción, pero la aversión que mostraba por todo manjar azucarado, así como por los más refinados guisos, fue algo insuperable. Intenté entonces el empleo de platos fuertes... fracasé igualmente" (Itard, informe de 1801).

Buscando en todo momento ocasiones para procurar "goces y alegrías" a este niño salvaje, Itard encuentra que un rayo de luz reflejado por un espejo en el techo, una escudilla con leche flotando en la bañera, y algunas cosas más, bastaban "para hacer prorrumpir en gritos de alegría, regocijarse y triunfar a menudo hasta el delirio, a este descuidado hijuelo de la naturaleza". Estos, entre otros, fueron los "acicates físicos y anímicos, afirma Itard, a través de los cuales me propuse rehabilitar su sensibilidad, y puedo decir que al cabo de tres meses había logrado una excitación genial de todas sus potencias sensitivas" (Itard, informe de 1801).

Después de un prolongado aprendizaje, cuando Víctor llega a distinguir los sonidos de las cinco vocales, motivado por el logro alcanzado, "reaparecieron en toda su viveza las manifestaciones de alegría". Así, Víctor llega a encontrar placer en la ejecución de la tarea. Se muestra "sensible al placer de hacer las cosas bien" y esto le empieza a suceder en las lecciones y en las pequeñas tareas domésticas, y más aún cuando éstas le exigen un gran despliegue de fuerzas musculares, como, por ejemplo, cuando se le encarga cortar troncos de leña para la chimenea. Al terminar de cortar un tronco se abandona a "movimientos de gozo tan extraordinarios que se dirían indicios de un delirio maniaco".

Itard, adelantándose muchos años a la psicología actual, afirma que el motor central del desarrollo del hombre es la multiplicación creciente de las necesidades y su satisfacción: "El acervo de nuestras necesidades contribuye necesariamente a dilatar o a contraer la esfera de nuestros conocimientos y el dominio de las ciencias, las bellas artes y la industria social". Con esta idea Itard pretende configurar "el tratamiento moral o educación del niño bravo del Aveyron", creando nuevas necesidades a través de la formación de nuevos estímulos reforzadores.

La aplicación de "alabanzas o recompensas" para lograr enseñar a Víctor es el procedimiento más usado por Itard. De este modo enseña a Víctor a comparar la temperatura de dos castañas, una fría y otra caliente - Víctor apenas distinguía entre el calor y el frío-; también enseñó de la misma

manera discernir la configuración de varios objetos por medio exclusivamente del tacto: "empecé por hacerle comparar pares de objetos muy distintos entre sí tanto en la forma como en el volumen: una castaña con una piedra, una moneda con una llave... Una vez que, no sin grandes trabajos alcanzó a distinguir por el tacto estos objetos, le propuse otras parejas menos dispares, como una manzana, una nuez, unos guijarros, hasta que al fin sentí nuevamente su discernimiento táctil, la bellota y la castaña, comparación que fue ya un juego de niños para mí educando" (Itard, informe de 1801, en Lucien Maïson, O.C., pag. 164). Por este mismo procedimiento de condicionamiento por aproximaciones sucesivas del desarrollo de la sensibilización táctil, Itard llegó a conseguir que Víctor distinguiera unas letras de metal, incluso las más semejantes por su forma como la B y la R, la I y la J, la C y la G. A la par de estos logros Itard se da cuenta de que con estos ejercicios se aumentan la capacidad de atención, originalmente muy escasa, en este niño salvaje.

Itard aplica el mismo procedimiento de alabanzas y recompensas para desarrollar la capacidad discriminativa de la audición. Empieza por presentarle sonidos muy diferentes, como el producido por un tambor y por una campana, hasta llegar a hacerle distinguir sonidos cada vez más semejantes. El objetivo final de Itard era que Víctor llegara a diferenciar por su sonido, primero las vocales y, por último, las palabras. "El éxito respondió a mi expectativa y cuando al fin llegué a experimentar su oído con los sonidos de mi propia voz, lo hallé sensible a las modulaciones más sutiles"

Este procedimiento de aproximaciones sucesivas, basado en la dificultad creciente de la tarea, fue, con frecuencia, usado por Itard: "un procedimiento para el cual cada dificultad vencida lo elevase al nivel de la siguiente dificultad a superar"

Itard desarrolló, de la misma manera, el embotado sentido de la vista de Víctor. Con pedacitos de papel de formas y colores bien distintos, originalmente consiguió que Víctor llegase a discriminar pequeñas diferencias de forma y de color; hasta llegar por último a la percepción diferencial de los signos escritos; aunque esta fue una tarea realmente ardua, porque además Víctor era incapaz de llegar a pronunciar una palabra. En la identificación de las palabras escritas por el procedimiento de comparación de palabras parecidas, cuando Víctor se confundía, "le hacía rectificar, dice Itard, pero no indicándole la equivocación, sino haciéndole deletrear, operación que para nosotros consistía en comparar una tras otra las letras de las dos palabras en cuestión... pero pronto se hizo innecesario este examen de detalle para hacerlo volver de sus errores y me bastó con instarle a fijar en un momento la mirada sobre la palabra que confundía con otra, para hacerle notar la diferencia, y puedo asegurar que el error se

subsanaba tan pronto como se hacía la indicación" (Itard, informe de 1801, en Lucien Malson, O.C. pag. 163).

Uno de los más difíciles objetivos fue hacer que Víctor llegara a pronunciar palabras. Itard para ello utilizó la técnica del condicionamiento a la imitación: "me proponía llevarlo al uso de la palabra obligándolo al ejercicio de la imitación bajo la imperiosa urgencia de la necesidad.... tenía que componérmelas para estimularlo mediante el incentivo de los objetos inmediatos a sus necesidades". Apoyándose en el valor fonético que la "o" tenía para Víctor y en una de las necesidades más acuciantes del ser humano; cuando Víctor tenía sed, Itard mostraba un vaso de agua a la vez que repetía en voz alta ¡eau, eau! y le daba el vaso a un tercero cuando éste decía la misma palabra; así quería Itard que Víctor, por imitación, dijera ¡eau!, pudiendo obtener el agua. Por muchos esfuerzos que hizo Itard no logró que Víctor pronunciara tal palabra. Pero continuó con el experimento, y para no mortificar a Víctor con una necesidad tan acuciante, "cambié de objeto, dice Itard, pero no de método, y dirigí mis intentos a la palabra 'lait'". Después de mucha paciencia logró que Víctor pronunciara "lait" cuando quería tomar leche. También llegó a condicionar a la leche las cuatro letras L-A-I-T colocadas en el orden adecuado y, llevándolas en su bolsillo, cuando quería tomar leche las mostraba sobre una mesa en el orden correcto. Esto lo consiguió Itard colocándolas en ese orden varias veces junto al tazón lleno de leche: "parecerá casi increíble, afirma Itard, que con cinco o seis pruebas semejantes haya bastado no solo para hacerle combinar sistemáticamente las cuatro letras que corresponden a la palabra LAIT, sino también, me atreveré a decirlo, para darle la idea de la relación que media entre la cosa y la palabra" (Itard, lugar citado, pag. 151). Más adelante Itard reconoce que, a pesar de esta euforia inicial, Víctor es incapaz de conocer el valor semántico o de significado de estos estímulos, diciendo que "no era sino una especie de ejercicio preliminar que hacía *maquinalmente preceder* a la satisfacción de sus apetitos... de suerte que, no siendo para nosotros la palabra lait más que un signo elemental, podía ser para Víctor la expresión confusa tanto del líquido nutricio como del recipiente que lo contenía o del deseo de que era objeto".

Entre la variada y rica investigación, Itard alude a un hecho que podríamos colocar a medio camino entre el condicionamiento clásico de Pávlov y la discriminación operante de Skinner (Skinner, *Ciencia y conducta humana*, pags. 137, 138 y 154), refiriéndose a uno de los premios más apreciados por Víctor: salir a comer a la ciudad con una abundante mesa llena de manjares,"... me cuidé, dice Itard, de hacer preceder aquellas salidas de determinados preparativos que él pudiese reconocer, como entrar en su habitación hacia las cuatro, con el sombrero puesto y con su camisa limpia doblada sobre el brazo, lo que se convirtió enseguida en la señal y el anuncio de la fiesta; no hacía yo más que aparecer de esta guisa ante sus ojos, que ya

había sido comprendido: el punto era vestirse en un relámpago y venir en pos de mí con grandes aspavientos de alegría" (Itard, lugar citado, pag. 119). En otro lugar también alude Itard al condicionamiento temporal y discriminativo: "por grande que fuese su gusto por la leche, no era sino a la hora en que tenía costumbre de tomarla y en el instante mismo en que veía que le iba a ser ofrecida cuando emitía, o más bien formaba la manera adecuada, el nombre de aquel su alimento preferido" (Itard, lugar citado, pag. 168).

Itard basándose en una inclinación casi natural de Víctor al orden, le condiciona a ordenar diversos objetos.

Estas y otras muchas estrategias fueron usadas por Itard para humanizar a este niño salvaje, pero Itard se encontró con el serio problema del "letargo de las facultades imitativas", necesarias según él, para el desarrollo de las facultades superiores: "empecé la ejecución de este plan ejercitándolo en actos de imitación grosera, como levantar los brazos, adelantar el pie, sentarse y levantarse a la vez que yo lo hacía..." hasta llegar a hacerle copiar unas palabras en el encerado o hacer que las pronunciara repitiéndolas por imitación, "considerando estos experimentos como un verdadero curso de imitación", hasta llegar a pasar de una "mera réplica rutinaria" a una "imitación inteligente y razonada".

Itard también pretendió, en varias ocasiones, utilizar el castigo, sin llegar a sacar apenas fruto alguno y sí muchos inconvenientes.

Para lograr que Víctor diferenciara los cinco sonidos de las vocales recurrió Itard al castigo cuando Víctor se equivocaba, pero inicialmente su efecto fue nulo, porque el castigo era muy leve; entonces decidió castigar con fuerza a Víctor, generando un sentimiento de temor con efectos negativos para lo que se quería lograr: "me armé de uno de los palillos de tambor... y le daba en los dedos suavemente cuando se equivocaba; pero él tomó por una broma este castigo... Para sacarlo de su error creí oportuno hacerle más sensible el correctivo... no hallaría yo palabras para describir la expresión de dolor que prestaban a su rostro los párpados entornados de aquel modo con las lágrimas...". A consecuencia del castigo, las muestras iniciales de alegría fueron sustituidas por "un sentimiento de temor que perturbaba todavía más la buena marcha de nuestro ejercicios. A cada sonido que emitía me era preciso esperar más de un cuarto de hora para que él me contestase con la señal correspondiente; e incluso cuando acertaba lo hacía con tal lentitud e incertidumbre, que si, por ventura, hacía yo entonces el más leve ruido o me movía mínimamente, al pronto le veía retirar, todo azorado, aquel dedo, temeroso de haberse equivocado, y extender otro cualquiera con igual lentitud o circunspección. Vano fue un trato dulce

posterior para disipar aquel acobardamiento" (Itard, lugar citado, pag. 160-161).

En otra ocasión quiso Itard modificar la costumbre natural de Víctor de apropiarse espontáneamente de las cosas que le apetecían y, después de censurar una y otra vez sin éxito esta conducta, optó por castigarla cuando le sorprendía "robando" algo: "di en aplicar castigos que le sobreviniesen al sorprenderlo con las manos en la masa". De esta manera Víctor *desista* de la acción *temporalmente*, pero, cuando pasaba la ocasión, seguía cogiendo las cosas *cuando nadie le veía*. Itard sacó una interesante conclusión de este hecho: "vine a sacar más o menos lo que la sociedad consigue de ordinario con el aplastante aparato de sus puniciones: no ya una verdadera corrección del vicio sino una nueva modificación, así ahora Víctor substraía con artimañas lo que hasta entonces se había limitado a llevarse coram populo".

En cierta ocasión cuando Víctor repetía mal un ejercicio, perdiendo la paciencia Itard lo empujó violentamente hasta un balcón en un cuarto piso, amenazándole con tirarlo; el niño, aterrorizado, realizó la tarea aunque "muy lentamente" y "acto seguido se tiró sobre la cama y se puso a llorar copiosamente". Tras estas pocas experiencias en las que el usó del castigo, Itard reconoció: "no tendría yo que haber tenido más que alabanzas y recompensas para con él".

Entre Skinner, el gran tecnólogo de la conducta, e Itard hay una gran cantidad de puntos que coinciden. Ambos utilizan hábilmente el condicionamiento operante para la modificación y adquisición de conductas. Ya Itard se dio cuenta de la necesaria contingencia temporal de la respuesta y el refuerzo, condición indispensable, según Skinner, para lograr un condicionamiento operante eficaz. A Itard, como a Skinner, no le importó la razón del porqué refuerza un reforzador, ambos se mantienen en una postura operacionista, interesándose por el análisis funcional de la conducta (Skinner, *Ciencia y conducta humana*, pag. 117. Prueba palpable de esto es también su artículo "La superstición en el pichón"). Así, Itard, después de amenazar a Víctor con arrojarle al vacío, se hace la siguiente pregunta: "¿cuál podría ser la causa de un terror semejante?, en absoluto me preocupaba averiguarlo: me era bastante conocer sus efectos para ponerlo al servicio de mis fines" (Itard, obra citada, pag. 148).

Los efectos negativos del castigo observados por Itard fueron comprobados por Skinner (B.F. Skinner. *Como enseñar a los animales*, en *Registro acumulativo*, pag. 619. También en *Ciencia y conducta humana*, cap. XII. En *Más allá de la libertad y la dignidad*, cap. IV y V). Para ambos el castigo es reprochable por sus consecuencias negativas, generando estados psicológicos indeseables y sentimientos de culpabilidad que dificultan posteriormente la emisión de la respuesta operante. Y, en caso de

que el castigo tenga efecto inmediato, este ha de ser lo suficientemente fuerte, provocando una suspensión temporal de la respuesta, pero, en todo caso, el sujeto, al pasar los efectos del castigo, dará las respuestas buscando nuevas estrategias como muy habitualmente señaló Itard o como Skinner comprobó en otras ocasiones.

En 1806 Itard deja a Víctor al cuidado exclusivo de madame Guérin a quien el Ministerio del Interior asignó 150 francos anuales por sus "trabajos y desvelos" para con el "salvaje de l'Aveyron". En una dependencia de la institución de los "sourds-muets", en el número 4 del callejón de los Feullantines, pasó Víctor el resto de su vida hasta su muerte, el año 1818, cuando tenía aproximadamente la edad de cuarenta años.

BIBLIOGRAFIA

- Jean-Marc Gaspard Itard (1801). *De l'éducation d'un homme sauvage ou des premiers développements physiques et moraux du jeune sauvage de l'Aveyron*. Paris: Goujon. En Lucien Malson, *Los niños selváticos*. Madrid: Alianza Editorial, 1973.
- Jean-Marc Gaspard (1807). *Rapord fait " S.E. le ministre de l'Intérieur sur les nombreux développements et l'état actuel du sauvage de l'Aveyron*. Paris: Imprimerie Impériale. En Lucien Malson, *Los niños selváticos*. Madrid: Alianza Editorial, 1973.
- Skinner, B.F. (1974). *Ciencia y conducta humana*. Barcelona: Fontanella, (tercera edición).
- Skinner, B.F. (1973). *Más allá de la dignidad y la libertad*. Barcelona: Fontanella, (segunda edición).
- Skinner, B.F. (1975). *Registro acumulativo*. Barcelona: Fontanella.
- Skinner, B.F. (1974). La superstición en el pichón. En A. Charles Catania, *Investigación contemporánea en conducta operante*. México: Trillas, pag. 87.